

Acuña de Figueroa, el director que pedía indulgencia

Valentín Trujillo¹

Resumen

Francisco Acuña de Figueroa, considerado el primer poeta de la patria, tuvo una carrera tan vasta como polémica, y su extensa y diversa producción literaria nunca estuvo ajena ni a la cosa pública ni al poder político. Fue director durante siete años, en los complejos tiempos del Sitio Grande de Montevideo, durante los cuales se dedicó a gestionar la colección, y a escribir y reescribir poesía.

Palabras clave: Acuña de Figueroa, política, poesía, polémica.

Cuando a mediados de 1840 el gobierno oriental presidido por el general Fructuoso Rivera decidió conferirle el cargo de director de la Biblioteca Nacional, Francisco Acuña de Figueroa era no solo el más importante poeta de la joven República, sino también, por lejos, el más polémico. En la agitada década anterior, Acuña de Figueroa había ganado toda la atención popular cuando en 1833 el presidente Rivera había oficializado la letra que el poeta había compuesto para el Himno Nacional, luego ratificada en 1842, en circunstancias diferentes. Acuña de Figueroa también había compuesto poemas de encomio a la figura del primer presidente de la República, pero ante el cambio del poder político y el ascenso de la figura del presidente Manuel Oribe, en 1835, y sobre todo luego de la batalla de Carpintería, las preferencias del poeta se inclinaron hacia el fundador del



1. Maldonado, 1979. Escritor, periodista, investigador, docente y gestor cultural. Desde marzo de 2020, director general de la Biblioteca Nacional.

Partido Blanco, y las saetas metafóricas cayeron sobre la imagen del fundador del Partido Colorado. Ante la variación del viento político, dedicó versos de elogio al gobierno federal de Juan Manuel de Rosas, aliado de Oribe y enemigo tanto de los unitarios como de los colorados, en el ambiente de alianzas previo a la Guerra Grande.

Este camaleonismo político no era novedad en la vida pública de Acuña de Figueroa. Hijo de un funcionario gallego al servicio de la Corona Española, había sido realista convencido durante el extenso sitio de casi dos años entre 1812 y 1814. Luego, como tantos realistas montevideanos, había emigrado al Brasil y se había puesto al servicio de la monarquía portuguesa. En Río de Janeiro, hace poco más de dos siglos, escribió algunos poemas sobre las costumbres de la ciudad, que hasta hoy mantienen la vigencia. En 1816, mientras en Montevideo se fundaba la primera biblioteca pública, el poeta montevidiano se encontraba lejos, leyendo y escribiendo en español y en portugués, traduciendo poemas de un idioma a otra, en la biblioteca real del palacio de la Quinta de Boa Vista, en la ciudad maravillosa.

Ante la campaña victoriosa de los lusitanos en las guerras contra Artigas, cayeron prisioneros muchos oficiales orientales, Juan Antonio Lavalleja entre otros, que encarcelaron en la Isla das Cobras, en la bahía de Guanabara, frente a Río. Mientras sus compatriotas pasaban días, meses y años encadenados en celdas húmedas, Acuña de Figueroa brindaba a la buena salud de la monarquía de los Bragança en los «besa manos» organizados por el rey Joao VI.

Luego de que Montevideo cayera en manos de Carlos Federico Lecor, barón de la Laguna y autoridad máxima de la nueva Provincia Cisplatina, Acuña regresó al pago, y al igual que la clase patricia y comerciante de la ciudad, trabajó al servicio del invasor que los había librado «de la anarquía». El imperio portugués vivió su propio cisma y hacia 1822 los brasileños, con el portugués Lecor al frente, se alzaron y tomaron el poder en la Cisplatina, con Acuña de Figueroa como funcionario bajo su ala. Pero para los tiempos de la revuelta oriental frente al poder brasileño, el poeta se había hecho ferviente patriota, y con todas las artimañas del burócrata venal, pretendió de mil formas diferentes mantener su cargo público en la Aduana y luego en la Tesorería General del Estado.

Ofreciendo poemas laudatorios a las principales figuras de la arena militar, pretendió trepar en la consideración de los caudillos, así como participó en muchas publicaciones de prensa que publicitaron sus obras. «Cantó a todos los mandatarios, desde Carlos IV hasta

Berro», sentenció Bauzá. «Diríase que su función de poeta cortesano era algo inherente a su empleo administrativo; prácticamente, quizás lo fuese», opinó Zum Felde², quien ponderó su importancia como poeta burlesco y no como autor de profundidad. Por su parte, Roxlo lo retrató en su faceta más social y afable: «Era Figueroa el obligado comensal de los banquetes y el mirlo blanco de los saraos, en los lustros del chocolate nutritivo y los bollos de pasta fina, en aquellos lustros en que las marimbas de los candombes torturaban el tímpano, y en los que el guitarreo de las rondallas salpicó de ilusiones el insomnio de las mujeres de corta edad»³.

Al mismo tiempo y más allá de su simpatía, Acuña satirizó a muchos políticos, ministros y militares, sin decir sus nombres, en juego con la complicidad de un público que conocía los apodos y las debilidades, las manías y las obsesiones que quienes, como él, orbitaban en torno al poder. Acuña de Figueroa era lírico tan versátil como talentoso políglota. Había traducido del latín al español varias Odas de Horacio, que se habían publicado en *El Parnaso Oriental*, antología editada por el argentino Luciano Lira. Al mismo tiempo, había puesto el ojo y el oído en algunos fenómenos lingüísticos para darle voz a algunos grupos socialmente relegados, al escribir varios poemas en el llamado castellano «bozal», la forma de transcripción fonética del habla de los negros esclavos o libertos, como el dedicado al batallón de negros libertos del general Rivera, el poema sobre la ley de la libertad de vientres o a una madre africana. También había incursionado en un subgénero inventado por el mismo dentro de la literatura oriental: las «toraidas», poemas del ambiente taurino, entonces principal actividad «deportiva» en Montevideo, de la que Acuña de Figueroa era declarado fanático. Mientras tanto, tenía muy bien guardados bajo la manga los extensos versos que compondrán el luego famoso *Diario del Sitio*, una proeza de enorme valor histórico: había escrito un poema por cada uno de los días que duró el asedio sobre Montevideo a lo largo de veintidós meses por parte primero del ejército artiguista y luego de las tropas porteñas al mando de Carlos de Alvear. El autor se cuidó de reescribir algunos versos para adaptarlos a los sentimientos de los gobiernos patrios y



2. Alberto Zum Felde, *Proceso intelectual del Uruguay*, pp. 99-130, tomo I, Montevideo (1930).

3. Carlos Roxlo, *Historia crítica de la literatura uruguaya*, p. 90, tomo I, Montevideo (1912).

de la población, porque durante el sitio Acuña de Figueroa era un realista puro y duro, fiel y convencido de las virtudes de la monarquía española, y furibundo enemigo de los traidores sitiadores. Una versión del *Diario del Sitio* la publicará en 1844 y con dedicatoria a la primera dama, Bernardina Fragoso, ya siendo director de la Biblioteca Nacional.

Pero retrocedamos algunos años. Con la llegada de Oribe al poder, Acuña de Figueroa participó en periódicos vinculados a los blancos, y ensalzó como correspondía a su estilo al nuevo presidente, al que dedicó una *Oda* con ocasión de la fecha patria rioplatense del 25 de mayo de 1836. Se trata de una composición que exalta a los héroes de la independencia, entre ellos Rivera y Lavalleja, pero por sobre todo al presidente en ejercicio:

*¿Quién al estrecho verso circumscribe
la inmensa gloria del excelso ORIBE?* (en mayúsculas el original)⁴



El gran crítico literario y gestor cultural (además de abogado y ministro) Gustavo Gallinal consideró que en aquella época Acuña de Figueroa era un «poeta áulico» (cortesano) del gobierno de Oribe, asiduo colaborador del periódico oficialista *El Defensor de las Leyes*. A finales de 1836, siempre siguiendo a Gallinal, Acuña de Figueroa había escrito una loa a la victoria militar de Oribe en la batalla de Carpintería, para la conmemoración que se realizó en el teatro de la ciudad del hecho de armas. En el texto, se refería a Rivera como «vándalo» y «malvado», en contraposición a la figura del «virtuoso Oribe» (Gallinal, pág. xxiv, 1944).

En 1837, Oribe había nombrado la dirección de la Biblioteca Nacional a una comisión encabezada por Tomás Vilardebó, e integrada además por Dámaso Antonio Larrañaga, Ramón Massini, Bernardo Prudencio Berri, Manuel Errazquin y Cristóbal Salvañach. Esta comisión, que debió tener un trabajo arduo de reorganización y salvaguarda de la menguada colección, vino a sustituir, a su vez, a una anterior nombrada en 1833, comandada entonces por Massini (que desde antes de la independencia había realizado esfuerzos constantes por levantar y financiar la institución), e integrada por José Raymundo Guerra, Francisco Magariños, Juan Francisco Giró y Francisco García de Zúñiga.

4. *El parnaso oriental ó guirnalda poética de la república uruguaya*, p. 6, Montevideo (1837).

En medio de estas múltiples acciones políticas y culturales, como bien lo refleja Pablo Rocca en su libro *Poesía y política en el siglo XIX* (Banda Oriental, 2003), 1837 fue bisagra en la historia de las letras del Río de la Plata, porque es el año en que un tropel de escritores argentinos, mayormente antirrosistas o unitarios puros y duros, emigró desde Buenos Aires hacia Montevideo en un busca de un ámbito donde confluyera la libertad de expresión con la seguridad de sus cuellos, ante el afilado y amenazante embate de la Mazorca. En la oleada de intelectuales argentinos, que ya tenían su propio grupo en torno al llamado «Salón literario» porteño, estaban Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, José Mármol, Juan María Gutiérrez, Marcos Sastre y un muy joven Bartolomé Mitre, entre otros. Los hermanos Varela, Florencio y Juan Cruz, se encontraban en Montevideo desde un par de años antes. Acuña trabó contacto con varios de ellos, en muy buenos términos. El historiador Francisco Bauzá menciona el hecho: «Florencio Varela le inspiró a él un respetuoso y acendrado cariño, y él inspiró a Juan María Gutiérrez aquella amistad tierna que más tarde se hizo pública con la profecía de que ‘si se hundiese Montevideo, el Cerro y Figueroa serían los dos rastros que asegurasen a las generaciones futuras su existencia’».

Pero no con todos los colegas las relaciones fueron tan amistosas. El tercer volumen de *El Parnaso Oriental*, editado también en 1837, culminaba con *La Malambrunada*, un extenso poema de Acuña de Figueroa, «joco-serio» como lo definió el mismo autor, que versa sobre una guerra entre brujas viejas que emprenden una guerra contra mujeres y ninfas jóvenes, enojadas por los favores de los hombres hacia las últimas. Además de la anécdota argumental, el poema, como tantos de Acuña, se desdobra en varias interpretaciones paralelas y alternativas, tanto políticas como personales, en el trasfondo de egos y divismos de los escritores rivales. El autor se cruzó en una venenosa polémica con Manuel Carrillo, poeta español residente en Montevideo, cuyos poemas también comparten página en el volumen de *El Parnaso Oriental*, y con Bartolomé Mitre, que hacía sus primeras armas periodísticas y poéticas en la prensa montevideana. Los dardos poéticos fueron de un autor a otro, y la ironía y la burla primaron en las publicaciones dedicadas a uno y otro.

Los tiempos políticos apremiaron y modificaron tanto los tiempos culturales como las preferencias de Acuña de Figueroa. La revolución inicial por Rivera contra el gobierno de Oribe tuvo en la batalla de Palmar, en junio de 1838, el punto de quiebre. A partir

de entonces, el gobierno blanco quedó refugiado en Montevideo, mientras el caudillo colorado dominaba a sus anchas buena parte de la campaña, y la flota francesa bloqueaba los puertos del Plata e impedía toda comunicación y ayuda. Cercado y presionado, Oribe renunció a la presidencia en octubre de 1838, entregó el poder a Gabriel Pereyra ante la ausencia de sucesor claro, y se asiló en Buenos Aires bajo el ala protectora de Juan Manuel de Rosas. El 1º de marzo de 1839, Fructuoso Rivera asumía la presidencia por segunda vez.

A finales de abril de 1839, José Longinos Ellauri, constituyente y entonces ministro de Gobierno, le respondió a Rivera una carta en la que le expresaba toda su sorpresa por la recomendación del presidente para que Acuña de Figueroa se desempeñara como bibliotecario de la Biblioteca Nacional, además de que le exigía un sueldo de 1400 pesos, bastante alto para la época y para las flacas arcas públicas. Le decía Ellauri a Rivera: «Debo advertirle que el empleo de Bibliotecario que él solicita no está creado por Ley, ni nosotros podemos crearlo sin la anuencia de las Cámaras. Aquel establecimiento y el Museo se sirven hoy gratis por una comisión que los desempeñan bien, con celo y aún con entusiasmo, solo *ad honorem*; ¿qué hacer, pues, en este caso? Yo creo que el poeta debe pensar en otra cosa, si es empeño de usted que se le sirva».

Mientras la situación administrativa terminaba de definirse, porque el presidente se encontraba resolviendo problemas literalmente más candentes, como la guerra, a comienzos de 1840 Acuña de Figueroa hizo dos movimientos para obtener el ansiado cargo. Por un lado, escribió uno de sus típicos poemas encomiásticos, esta vez a la victoria de Rivera en la batalla de Cagancha, en campos de San José, frente a un ejército federal combinado con orientales, entre otros, por Lavalleja. La batalla ocurrió el 29 de diciembre de 1839, y es probable que pocas semanas después Acuña se despachara con un himno triunfal en que no duda de calificar a Rivera como «inmenso», «heroico» e «invicto». También se autoplagió en un verso de la quinta estrofa, que reza: «¡Orientales, la palma o la tumba!» Por otro lado, se acercó a una figura fundamental del gobierno: Bernardina Frago, esposa de Fructuoso Rivera, probable artífice de la llegada del poeta a la dirección de la Biblioteca Nacional. Para julio de ese año, el ministerio de Gobierno tomó la decisión de cesar a la comisión anterior y finalmente Acuña obtuvo el nombramiento tan ansiado, mediante documento que se encuentra en el Archivo Histórico Administrativo de la Biblioteca Nacional:

Montevideo, 6 de julio de 1840

La Biblioteca y Museo Nacional derramaban tiempo a la atención de la autoridad para el mejor arreglo de su servicio interior, cuando trataba de dictar una providencia que llevara a los grandes objetos a que es destinado este útil establecimiento, recibió una solicitud que hacía el ciudadano Don Francisco Acuña de Figueroa para conseguir el empleo de bibliotecario público; recomendada y especial fuertemente por el Su Excelencia el señor Presidente de la república, unida esta circunstancia a la capacidad que él Gobierno reconoce en él para la dirección de esta instituto a cuyo desempeño ofrece también dedicar esa atención en sus (ilegible), ha tenido a bien nombrarlo para aquel destino y dispuesto asimismo que se avise al Señor Presidente de la comisión a cuyo cargo estaba conferida la Biblioteca y Museo para ella disponga sea fuerte en (ilegible) de su empleo con las formalidades necesarias.

Al cumplir con lo ordenado por el Gobierno, al (ilegible) corresponde agradecer a los señores de la comisión al servicio importante que han prestado, en el empeño y devoción con que han atribuido a la fundación de este establecimiento que siempre honrara a sus primeros colaboradores.⁵

Apenas un mes después, el nuevo director pretendía avanzar con acciones para la gestión del establecimiento. Una carta del Ministerio de Gobierno del 5 de agosto 1840, firmado por Francisco Antonio Vidal da testimonio.

El Gobierno acuerda gustoso la autorización que solicita el señor bibliotecario público para verificar el cambio con algunos particulares de las obras (ilegible) y volúmenes duplicados que se encuentran en la biblioteca por nuevas de que carece, que pueden mejorar y enriquecer el establecimiento que dirige.

Dios guarde al Señor Bibliotecario.⁶

El responsable debió lidiar con algunos problemas prácticos de la Biblioteca Nacional, que luego se extendieron a lo largo de las décadas, como por ejemplo las dificultades en el manejo del personal. Un ejemplo es el informe que Acuña de Figueroa elevó a Vidal en mayo de 1841, donde le describió la ausencia de un portero y la sugerencia de alguien para sustituirlo:

El Bibliotecario Nacional y quien esto escribe pone en conocimiento de Su Excelencia que hace diez días hoy que el oficial auxiliar portero de la Biblioteca don Federico Moxcidor ha desaparecido del país, haciendo



5. Archivo Histórico Administrativo de la BNU, 1840-1871, p. 1, tomo I.

6. *Ibíd.*, p. 2, tomo I.

abandono de su empleo, sin previa licencia, ni aviso, y según he podido averiguar ha marchado a países extranjeros.

En este repuesto, y siendo absolutamente necesario el reemplazar este empleado, que es el que atiende personalmente en la oficina de servicio al público y a todas las atenciones en mercancías de ella, propongo en su lugar al ciudadano Don José Ortiz, joven que tiene las aptitudes aparentes, y recomendable por la circunstancia de haber perdido dos hermanos sosteniendo la causa del Gobierno. Cuya propuesta espero se reciba Vuestra Excelencia hacer valer ante el Superior Gobierno para que el candidato obtenga el despacho competente.

Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años.⁷

En el mismo año 1840, Acuña actuó como secretario de la Comisión Censora y Directiva del Teatro, bajo la presidencia de Francisco Magariños. Esta comisión estaba integrada por notorios masones y cabe consignar que Acuña pertenecía a la logia Asilo de la Virtud N.º1, fundada en 1832⁸.

Durante los tres primeros años de gestión al frente de la biblioteca, hasta 1842, según el crítico Roger Basagoda, el poeta no dejó de escribir ni de retocar de forma paciente, como una araña que rearma con prolijidad la red, el *Diario del Sitio*, que será finalmente publicado recién en 1854, con una dedicatoria a Bernardina Frago. La reescritura implicó limar algunos epítetos duros contra los orientales que entonces eran los enemigos odiados de los montevideanos «godos» y que con el paso de las décadas se habían transformado en los padres de la patria. Acuña acomodó con el codo lo que había escrito su mano y, una vez más, se adaptó como un gato de los tiempos para caer parado. En octubre de 1842, le escribió una carta al impresor montevideano Jaime Hernández para consultarlo sobre el posible precio de la publicación del *Diario Histórico del Sitio*. En una particular forma de *crowd founding* precoz, el poeta director de la biblioteca tenía una serie de casi trescientos suscriptores previos que le aseguraban la compra del volumen cuando estuviese impreso, pero los cálculos de las posibles ganancias postergaron la idea.

Desde la batalla de Cagancha, la guerra se había trasladado al escenario de las provincias argentinas durante tres años, pero hacia diciembre de 1842, una dura derrota del «invicto» Rivera en la

7. Archivo Histórico Administrativo de la BNU, 1840-1871, p. 6, tomo I.

8. Página oficial de la Masonería del Uruguay, <https://www.masoneriadeluruguay.org/?-q=node/2151>

provincia de Entre Ríos trajo de nuevo los vientos de la guerra hacia la República Oriental, y particularmente a Montevideo. Esta batalla decisiva en el quiebre de la guerra fue la victoria de Oribe en Arroyo Grande, que concluyó con una espantosa carnicería con degüellos y castraciones al por mayor, y la consiguiente derrota de su mayor enemigo, que huyó a parapetarse en Montevideo. En los dos meses que demoró el ejército blanco-federal en llegar a la capital oriental, los defensores de la ciudad aprovecharon para pertrecharse y afirmar murallas y baterías.

A mediados de febrero de 1843, los vigías de la ciudad vieron aparecer las banderas de las vanguardias del ejército de Oribe, estableciéndose en la zona del Cerrito de la Victoria. Nadie podía entonces imaginar que el sitio duraría casi nueve años. Una vez más, como entre 1812 y 1814, Acuña de Figueroa estaba dentro de la ciudad sitiada. A pesar de que las primeras semanas, como puede leerse en las *Memorias* del general César Díaz, los movimientos militares fueron escasos, pronto los sitiadores, que también la bloqueaban desde el mar, intentaron avanzar sobre las defensas de la ciudad. Incluso, también pretendieron sobornar a algunos defensores, mediante una maniobra en la que se descubrió que el mismísimo general Manuel Oribe firmaba cartas secretas bajo el seudónimo de «Ciriaco Alderete» y ofrecía sumas de dinero para traicionar la causa de la Defensa. Entre junio y julio de 1843, según consigna Gallinal, Acuña inició una dura campaña de versos contra Oribe desde *El Nacional*, el diario dirigido por Andrés Lamas, la gran cabeza intelectual de la Defensa, aprovechando las diversas rimas que permitía el nombre en clave de Oribe.

Mientras transcurrían los largos años del sitio, Acuña no dejó de participar en múltiples eventos literarios que se organizaban en una Montevideo que poseía un movimiento editorial y de prensa muy fuerte, en el que las colectividades europeas jugaban un rol preponderante. Además de la extensa prensa en castellano, en Montevideo se editaban diarios y periódicos en francés, en italiano, en vasco. Dentro de esa variedad políglota, los concursos poéticos cobraron importancia. Por ejemplo, Acuña fue el vencedor del certamen de poesía de 1844, en el que se habían presentado autores relevantes de la emigración porteña, como Rivera Indarte, José María Cantilo y orientales, como Alejandro Magariños Cervantes, entre otros. Ese mismo año, redactó un texto introductorio al *Diario del Sitio*, que

venía rumiando y reescribiendo posiblemente en el silencio del salón de la biblioteca:

Cuando cuarenta inviernos han cubierto y templado con su nieve el fuego de las rivalidades en las guerras de la Independencia, se puede ya con menos inconvenientes evocar de sus sepulcros la sombra de los guerreros que en su olvido silencioso yacen; renovar a los viejos, que han sobre, vivido, sus recuerdos de gloria; contar a los hijos y a los nietos los timbres y proezas de sus mayores; y a los vencedores y vencidos, ponerlos frente a frente, porque se han extinguido sus rencores, y con la voz de la imparcialidad invocar su justicia. Cuando el autor escribía este «Diario», era realista decidido... y de qué serviría el negarlo, cuando la notoriedad y el estilo de su obra lo revelan. Como otros muchos americanos, que después se han hecho recomendables por las letras, o por las armas, en honor y defensa de su patria, él en los primeros años de la revolución y muy joven todavía, se dio a las simpatías de familia, a las preocupaciones de su educación y antecedentes, y no comprendió a primera vista lo grande del movimiento, ni su impulso regenerador, que debería fructificar en las generaciones del porvenir.⁹



En cuanto a la evaluación de su gestión, durante la dirección del poeta se adoptaron nuevos mecanismos tendientes a enriquecer el patrimonio bibliográfico, según consigna un grupo de investigadores de la Biblioteca Nacional¹⁰: por ejemplo, el 5 de agosto de 1840 se autorizó el canje con particulares, mediante la permuta de volúmenes duplicados por obras que la institución no poseía y dos años más tarde. El 29 de septiembre de 1842 se sancionó por decreto del gobierno la primera disposición referente al régimen de Depósito Legal, en la cual se estableció la obligación de remitir a la biblioteca un ejemplar de toda impresión que en cualquier imprenta se hiciera. Por entonces el acervo bibliográfico ascendía a más de 6.000 volúmenes.

En 1845, antes de que concluyeran las negociaciones entre la diplomacia anglo francesa y el gobierno de Rosas con el fin de detener la guerra, Acuña ya tenía escrito un cántico a la pacificación de la República, y basta una estrofa para mostrar el estilo:

Gozosa / la tierra / sin guerra / tenaz, / levanta / festiva / la oliva / de paz

9. Francisco Acuña de Figueroa, *Diario del Sitio*, prólogo, p. VII, tomo I, volumen 157 de la colección de Clásicos Uruguayos (1978).

10. Boletín de la ANABAD, tomo 42, p. 444 (1992).

En el mismo plano del retoque y la adaptación de textos, muy común en Acuña, en octubre de 1845 el autor dio la versión definitiva de la letra del Himno Nacional, que había sido aprobado por decreto de Rivera en 1833. El autor se cuidó de quitar referencias violentas contra otros países y fue particularmente importante esta reforma porque Acuña agregó la frase «¡Tiranos, temblad!», como lo indica Lauro Ayestarán en su ensayo sobre el Himno. El Himno entonces se cantaba con la tonada previa a la conocida hoy, ya que el húngaro Francisco José Deballi compuso la música declarada oficial en el año 1848, aunque también existen versiones polémicas sobre quién fue el autor de la partitura y cuáles fueron las influencias.

En abril de 1846, aún al frente de la Biblioteca Nacional, Acuña escribió un texto de carácter introductorio titulado «Al lector, prólogo y advertencias», que luego sería utilizado como preliminar del tomo V de las *Obras Completas*, publicadas por los editores Vázquez Cores, Dornaleche y Reyes en 1890, muy probablemente como homenaje en el centenario del autor, que sería al año siguiente. Decía el autor allí:

Las poesías que contiene este volumen y los siguientes son las que conservo de mis numerosas composiciones, que formarían como seis volúmenes iguales al presente. He juzgado conveniente excluir de esta colección casi dos terceras partes de ellas (y tal vez son las de más mérito) en los géneros guerrero, satírico y erótico, por referirse aquellas, en estilo demasiado fuerte, a las circunstancias y guerras de partido que varias veces han agitado al país, por contener burlas y sátiras demasiado punzantes y personales; o, finalmente, por ser malsonantes al pudor y, por tanto, no muy dignas de la luz pública¹¹.

Luego vuelve a referirse al *Diario del Sitio*, del que pide indulgencia por ser la única crónica del período y por la «imparcialidad y verdad de los relatos». Y termina: «concluyo inclinando respetuoso mi frente ante el público censor y pidiéndole, no aplauso, sino indulgencia». Es llamativo el pedido, por dos veces, de indulgencia. Análisis: la indulgencia posee una carga de culpa, de aceptación de un error o falta, y de la consiguiente absolución de la pena. La indulgencia se conecta y dialoga con la clemencia y con la misericordia.

De todos modos, parte de lo que eligió mantener en página para publicar también contiene elementos burlescos e irónicos, como por ejemplo los sonetos jocosos «A Oribe en el Cerrito», en los que utiliza en el cierre de los versos palabras como «salchicha»



11. Francisco Acuña de Figueroa, *Obras completas*, tomo V, p. 8 (1890).

o «chorizo», solo por nombrar dos. Excede a la naturaleza de este artículo abarcar la diversidad de composiciones que realizó Acuña de Figueroa durante los largos años del Sitio mientras fue director de la Biblioteca Nacional. Pero baste nombrar que su mirada poética alcanzó al hospital de heridos, instaurado por las damas orientales, a la memoria del general Lavalle, caudillo unitario muerto durante la Guerra Grande, y muchos otros referidos a circunstancias sociales o políticas de esos años. Interesante es la referencia que hace Acuña con su composición «Himno al sol», elemento preponderante de la simbología masónica¹².

Todas las participaciones de Acuña en las asamblea de notables, todo el fervor en cientos de composiciones a Rivera, el compromiso de la pluma en dardos de tinta desde los diarios y periódicos de la ciudad no impidieron que el maltrecho erario público lo mortificara con deudas, a tal punto que el auténtico poeta oficial de la Defensa se encontraba en noviembre de 1846 en una angustiada situación económica y con la casa, donde vivía con su esposa María Ignacia Otermín y sin hijos, hipotecada. Según Gallinal, para esa fecha le mandó una carta desesperada a Rivera, explicando que hacía cinco años que no recibía sueldo alguno y que sobrevivía a base de préstamos de usureros que orbitaban como tábanos en torno a los funcionarios, todos a la espera de las benditas pagas, siempre unidas a los impredecibles botines de guerra. Acuña retrató para la posteridad a estos acreedores en el poema «A Juan Copete».

El fin de su dirección de la Biblioteca Nacional y del Museo de Historia Natural se produjo, al igual que la llegada, por factores políticos referidos a Rivera. Luego de la estrepitosa derrota en India Muerta, el caudillo colorado cayó prisionero y fue encarcelado en Brasil, lo que provocó un gran revuelo en el gobierno de la Defensa y una escalada política para sustituir el vacío de poder. Una «asamblea de notables», comandada por Joaquín Suárez y por anteriores ministros tomó la posta del gobierno. Al año siguiente, Rivera, ya libre, intentó volver a Montevideo y generar una revuelta que le devolviera el comando de la ciudad. Luego de complejas idas y vueltas, tejes y manejes, a través de los que Rivera y Bernardina Fragoso presionaron de diversas formas, el gobierno de Montevideo se pronunció en

12. De todos modos, la relación entre la obra del poeta y la Masonería excede el análisis de este artículo, y aún, como muchos otros aspectos temáticos de su extensa producción, está pendiente.

asamblea el 22 setiembre de 1847 a favor del destierro del caudillo. Acuña de Figueroa demostró su fidelidad a Rivera al no participar de la asamblea. Los colorados no riveristas tomaron apunte del hecho y lo destituyeron de la dirección de la Biblioteca Nacional.

Políticamente, Acuña quedó a la deriva, sin protección ni influencias de un gobierno que, ante la apretura presupuestal del sitio y la guerra, tenía grandes deudas con los sueldos de los funcionarios. *In extremis*, consiguió un cargo como tesorero público en el Ministerio de Hacienda, pero al poco tiempo volvió a tener problemas económicos por sueldos adeudados. Sobre esta situación particular, Acuña dejó dos poemas en el típico estilo «jocoso» y autocrítico que manejaba como nadie. Uno está dirigido de forma explícita al nuevo ministro de Hacienda de la asamblea de notables, José de Béjar, a quien le pide de la forma más persuasiva posible, que le paguen lo adeudado. El segundo va dirigido a «un ministro de Hacienda», que según se lee en el texto, es el propio Béjar.

Al ministro de Hacienda José de Béjar

Un empleado y poeta,
(Es decir, dos veces pobre)
Que por no tener un cobre
Va pasando el sitio a dieta;

De Apolo un hijo... (aunque ya
No reina este zamacuco,
Y yo abjuro de un caduco
Que en tal decadencia está;)

En fin, un bibliotecario,
Por que más claro se entienda.
Ocurre a vos, que de Hacienda
Sois Ministro Secretario.

La suerte por sus caprichos
Me puso aquí, do, a fe mía,
Me hacen triste compañía
Libros, fósiles y bichos,

Siendo en el pasivo empleo,
Donde aun mi numen se seca,
Ratón de una biblioteca
Y pájaro de un Museo.



En posición tan plausible,
Donde sin socorro estoy,
Engañando el tiempo voy,
Pero el hambre no es posible.

Y en mis horas, no serenas,
Falto de rentas y auxilios,
Estoy por hacer idilios
Y venderlos por docenas.

Mas tales los tiempos van,
Que temo verme frustrado
Si quiero enviar al mercado
Por tres sonetos de pan.

En tanto en este Museo
La polilla hace gran daño,
Pues de gastos hace un año
La parca, pensión no veo.

Porque sólo aquí se vió,
Tal es mi vil fortunilla,
Que ha de comer la polilla
Y el bibliotecario no.

Y ya me causa rubor
El no saldar varias sumas
Que adeudo por tinta y plumas,
Papel, éter y alcanfor.

Que entre bichos y perdices,
Y uno que otro feto humano.
No hay en qué meter la mano
Ni en qué esconder las narices.

Así, cuando está nublado,
Aunque lo demande a gritos,
No hay candela ni palitos,
Porque nadie vende al fiado.

Suspéndese la lectura,
Porque aquí estamos, señor,
Como dijo un orador,
«Más pobres que noche oscura».

Y ha llegado a suceder
Irme redondo de bruces
Que en el foco de las luces
No hay una para encender.

Una representación
Que sobre esto he dirigido,
A vuestras manos ha ido,
Que es como ir al pozo airón.

Cien veces, no una ni dos,
Nieto me dijo: habrá *mones*;
Añadiendo a estas razones:
Pregúntaselo a Muñoz.

Vos os mostraréis galán
Conmigo, pues he sabido
Respetar vuestro apellido
Sin acabarle el refrán.

De embarazos recargado
Os halláis, sin ser partera,
Bien lo sé; pero hoy siquiera
Sacadme de este preñado.

Sacadme de él como amigo,
Que estoy a tres menos cuarto,
Pues si completáis el parto,
Me habréis cortado el ombligo;

Que yo si el numen me sopla
Una oda os dedicaré,
Donde el favor pagaré
A razón de real por copla.

En fin, mientras se decreta
Mi macarrónico escrito,
De vucencia me repito
Un empleado y poeta.¹³

La justa indemnización

Memorial presentado a un ministro de Hacienda

Al ilustre ciudadano
Que en mi aprecio es distinguido,
De Gobierno y Hacienda
Fiel Secretario y Ministro;



13. Francisco Acuña de Figueroa, *Nuevo mosaico poético*, pp. 151-154, Claudio García y cía Editores (1944).

Al que por la patria haciendo
Mil eminentes servicios,
A la emulación no deja
Ni pretexto ni motivo;

El cual es ante las damas
Como la nieve en estío:
Unos dicen que *en lo puro*,
Y otros que *en lo derretido*;

En fin, a vos, digno Béjar,
Que unís de un modo conspicuo
A la honradez española
El oriental patriotismo;

A vos llega el que suscribe,
Ex Bibliotecario antiguo,
Hoy Tesorero con trampas
Y vate sin vaticinios,

Aprendí mil acertijos,
Pues aunque allá entre folletos
El de Tesorero *in albis*,
Ése no estaba en mis libros.

Es el caso, que sirviendo
Siete años, o siete siglos,
Del Museo y Biblioteca
Los literarios destinos,

Donde me iba disecando
Como las momias de Egipto,
Entre el polvo de las obras
Y el alcanfor de los bichos;

Un día en que el claro Febo,
O el sol, en prosaico estilo,
Templó el mes de Setiembre
El ya decadente frío,

Quitándome por molesta
La capa, ¡fatal destino!
Capa de varios misterios
Fiel confidente y testigo,

De mi polvoroso estante
Guardéla, y la eché en olvido,
Donde yació cinco meses
Sobre Homeros y Virgilio;

Y cuando yo imaginaba
Sacarla un día con brillo,
Impregnada en los destellos
De tan ilustres vecinos,

Frustrada vi mi esperanza,
Pues ella en su hondo retiro
A la polilla y ratones
Sirvió de pasto y de nido.

Y ora que de aquel panteón
De pastas y pergaminos,
Salgo como ánima en pena
A un purgatorio de vivos;

Ora que a ser Tesorero,
(Nombre sonoro y vacío)
Me trajo Dios por que fuese
Contradicción de mí mismo,

Al dar el adiós postrero
A fetos, conchas y libros,
Sacando a la luz mi capa,
Vi la luz por mil resquicios.

Mi capa, que dos inviernos
Cuenta apenas, ya hecha un cribo,
A mi vista ¡ay Dios! se ofrece
Víctima de viles bichos.

Rugosa, manchada, ¡oh cielos!
Séame aquí permitido
El *¡bei mihi qualis erat!*
Decir como Eneas dijo.

He aquí los lucidos gajes
Que saqué de aquel destino,
Donde he vegetado, a riesgo
De apollillarme yo mismo.



Salí de él vendiendo horchata,
(Que otro vendiera los libros)
Y tan aviado de ropa
Como Adán del Paraíso;

Pues hasta el fraque, señor,
Sin relevo en su servicio,
Si se ríe por los codos
Suspira por los bolsillos.

Por tanto, y a buena cuenta
De mis cien sueldos vencidos,
Pues no es dable entre cristianos
Dejar a uno sin un cristo;

Y en justa indemnización
Del contraste susodicho
Para hacerme fraque y capa,
El paño y el forro os pido.

Una orden al asentista
Me basta: y habréis cumplido,
Porque vestir al desnudo
Nos lo manda el catecismo.

O si esto os parece duro
Adoptad el blando arbitrio,
De irme indemnizando a pausas
Con los *veinte mil del pico.*

Pues vos, como economista,
Si para un trompo hay cien niños,
Sabréis hacer con tres panes
Lo que hizo el Señor con cinco.

Y, en fin, para obviar reclamos
De esta clase, otro sí pido,
Que de gatos y de trampas
Sea el Museo provisto;

Pues, sino, a mi sucesor
Temo que al menor descuido
Roan la pierna *de palo*
Subterráneos enemigos.

Todo es justicia que espero
del gran Mecenas y amigo,
Que es de Gobierno y Hacienda
Fiel Secretario y Ministro.¹⁴

Luego de que dejó la dirección de la Biblioteca Nacional, Acuña de Figueroa siguió escribiendo en mil formas diferentes, sobre mil temas distintos, con estilo vivaz. Alabó a todos los gobernantes de turno, hasta su muerte en 1862. Escribió Gallinal: «Fue nuestro primer ‘hombre de letras’. ¡Curioso destino el suyo! Cantor de la Patria, a la que había negado tres veces en las horas trágicas del amanecer. Cantor de la libertad, en cuyos altares no sacrificó un momento de su tranquilidad de pequeño burgués conformista. (...) Único en esa vocación entrañable y exclusiva entre los hombres de su generación, solo aspiró a ser poeta. Poeta de circunstancias, algo así como un periodista en verso, un rimador de crónicas que tenía su sitio reservado más abajo del solemne editorial. Solo al morir soltó su mano la pluma nunca ociosa»¹⁵.

Francisco Bauzá lo sintetizó en palabras que remarcan un carácter auténticamente nacional del autor: «La importancia de Figueroa está precisamente, en que es uruguayo siempre. Hay algo local, característico, peculiarmente nuestro, en su estilo, en sus giros, en todo lo que ha producido. Sobre sus páginas (sic) parece advertirse el reflejo, ó la estratificación, si así puede decirse, de lo que nos es más habitual y querido. Son nuestros conocidos, nuestros amigos, nuestras costumbres, nuestras veleidades, nuestros devaneos los que pasan al través de esos millares de versos suyos que leeremos con mayor ó menor buena voluntad, pero que no podremos dejar de leer una vez emprendida la tarea de ojearlos»¹⁶.

Dentro de una obra gigantesca e inclasificable, Acuña de Figueroa desarrolló un particular género mixto, mestizo, de crónica periodística en verso, anotaciones sociales y de conducta humana, hechos históricos y costumbristas, que lo hacen uno de los más singulares escritores nacionales. En la actualidad, la Biblioteca Nacional se



14. Francisco Acuña de Figueroa, *Nuevo mosaico poético*, pp. 155-159, Claudio García y Cía Editores (1944).

15. Gustavo Gallinal, prólogo al *Nuevo Mosaico Poético* de Francisco Acuña de Figueroa, p. XXXII.

16. Francisco Bauzá, *Estudios literarios*, p. 46, Montevideo (1885).

encuentra en pleno proceso de ordenación y revisión del Archivo de Acuña de Figueroa, donde se han encontrado obras inéditas. Muy probablemente durante 2022 publicará los resultados de esta original investigación¹⁷.

Bibliografía

- Francisco Acuña de Figueroa, *Obras completas*, Vázquez Cores, Dornaleche y Reyes Editores, Montevideo (1890).
- Boletín de la ANABAD, tomo 42, pág. 444 (1992) (Federación Española de Asociación de Archiveros, Bibliotecarios, Arqueólogos y Museólogos Documentalistas), artículo firmado por Mabel Batto Ochoteco, Alicia Fernández, Antonio Souto y Óscar Jorge Villa.
- Archivo Histórico Administrativo de la Biblioteca Nacional del Uruguay.
- Lauro Ayestarán, *El Himno Nacional*, 1952.
- Roger Basagoda, prólogo al tomo I del *Diario histórico del Sitio 1812-13-14*, volumen 157 de la colección Clásicos Uruguayos de la Biblioteca Artigas (1978).
- Francisco Bauzá, *Estudios literarios*, volumen 9 de la colección de Clásicos Uruguayos (1953).
- Martín Caparrós, *Echeverría*, Anagrama, 2016.
- César Díaz, *Memorias*, volumen número 129 de la colección de Clásicos Uruguayos (1968).
- Dardo Estrada, *Historia y bibliografía de la prensa en Montevideo 1810-1865* Librería Cervantes, Montevideo (1912).
- Gustavo Gallinal, *Letras uruguayas*, volumen número 125 de la colección de Clásicos Uruguayos.
- Gustavo Gallinal, prólogo al *Nuevo Mosaico Poético* de Francisco Acuña de Figueroa, Claudio García Editor (1944).
- Laurentino Gomes, *1808*, Planeta Brasil (2007).
- Laurentino Gomes, *1822*, GloboLivros (2010).
- Armando Piroto, prólogo a la Antología de Francisco Acuña de Figueroa, volumen 82 de los Clásicos Uruguayos de la Biblioteca Artigas (1965).
- Pablo Rocca, *Política y poesía en el siglo XIX (un problema de fronteras)*, Banda Oriental, 2003.
- Carlos Roxlo, *Historia crítica de la literatura uruguaya*, pág. 89, tomo I, Librería Imprenta Nacional (1912).
- Alberto Zum Felde, *Proceso intelectual del Uruguay*, Montevideo (1930).

17. Investigación dirigida por la actual Dirección de la Biblioteca Nacional, y que llevan a delante el Lic. en Letras, Gastón Borges, y la voluntaria, Elba Caballero.